Hola, buenas noches y bienvenidos de nuevo un lunes más a Revista de Filología, un tiempo de radio para los alumnos de Filología de la Universidad a Distancia y, ¿cómo no?, para todos aquellos interesados en temas relacionados con lengua y literatura.
Este tiempo de radio, al que llamamos Revista de Filología, está realizado por los profesores de la Facultad de Filología de la UNED y el Centro de Diseño y Producción de Medios Audiovisuales, en un intento de colaborar con todos nuestros alumnos en el desarrollo de sus estudios.
Nuestro programa consta de dos espacios: La Crítica y Aula de Filología, que ahora os voy a comentar en un breve avance.
Comenzaremos, como siempre, con La Crítica, un breve espacio de carácter cultural que en esta ocasión corre a cargo de Mauro Armiño, que nos va a comentar la última novela de Juan Marsé: "El amante bilingüe".
En nuestro tiempo educativo, Aula de Filología, dedicada hoy a literatura española. El catedrático Miguel Ángel Pérez Priego hará un comentario de texto de poesía medieval. El texto que el profesor ha escogido es uno conocido por todos vosotros, se trata de "Las coplas a la muerte de su padre", de Jorge Manrique.
Y estos son los espacios que os proponemos. Si estáis dispuestos a acompañarnos, damos paso ya al primer espacio, La Crítica, en el que se trata de la novela de Juan Marsé "El amante bilingüe". Quien presenta el programa es nuestra compañera del CEMAV, Rocío Martínez Santos.
Bien, este era el comentario de nuestro colaborador en el espacio La Crítica, Mauro Armiño, que nos habló de "El amante bilingüe", la última novela publicada de Juan Marsé.
Continuamos en el tiempo de Revista de Filología y corresponde ahora el turno al espacio Aula, Aula que hoy está dedicada a literatura española.
Aula de Filología es un espacio en el que cada lunes dedicamos a tratar en profundidad un tema relacionado con alguna de las asignaturas que componen los estudios de Filología Española en la Universidad a Distancia.
Hoy vamos a tratar de literatura española medieval. Recomiendo que tengáis preparado el radiocasete y grabéis esta emisión porque en ella el catedrático de Literatura Española de la Edad Media y del Siglo de Oro, Miguel Ángel Pérez Priego, hace un comentario exhaustivo de las "Coplas a la muerte de su padre", de Jorge Manrique.
Quiero recordaros que la emisión que escucháis en estos momentos se envía grabada en casete a todos los centros asociados de la UNED. Allí lo tenéis a vuestra disposición. Algunos centros cuentan con servicio de préstamo. Solo tenéis que tener en cuenta que la emisión llega al centro asociado unos 10 días después del día de emisión.
Bien, y ya, si estáis preparados y tenéis el radiocasete a mano, vamos a dar comienzo al comentario de Miguel Ángel Pérez Priego, catedrático de Literatura Española de la Edad Media y del Siglo de Oro en la Universidad a Distancia. Como sabemos, es una de las obras fundamentales de la poesía castellana de todos los tiempos, escrita a finales del siglo XV. Es una de las cimas de la poesía castellana que ha gozado siempre de justo encarecimiento por parte de lectores y críticos.
Desde los años inmediatos a su composición fue copiada en numerosos cancioneros, manuscritos e impresos, tan abundantes en la época, y conoció a lo largo del siglo XVI una legión de glosadores y comentaristas, entre los que se cuentan nombres tan egregios como del de Jorge de Montemayor, Luis de Aranda o Gregorio Silvestre. Pero en época contemporánea tampoco han dejado de rendirle juicios de elogio o versos de homenaje, grandes escritores y poetas, desde Blanco White a Azorín, Unamuno, Antonio Machado, Jorge Guillén, Salinas, Pedro Salinas, que le dedicaría todo un libro magistral de análisis y explicación de su poesía. Luis Cernuda, que hablaría de Manrique como poeta metafísico, Federico García Lorca, en fin. Y una nutrida serie de estudios de estudiosos críticos que se vienen sucediendo desde Menéndez Pelayo acá.
Y, ciertamente, es porque "Las Coplas" es, son una obra que, siendo muy medieval, hundiendo profundamente sus raíces literarias en la Edad Media, son también un poema, una obra, una pieza de

valor universal y eterno. Me gustaría resaltar esta condición de síntesis literaria de la Edad Media que debemos ver en "Las Coplas". En primer lugar, "Las Coplas" nos muestran una combinación de didactismo, de lección moral, de sermón, muy medieval, muy de Edad Media, con la expresión de un sentimiento muy personal, de un subjetivismo, el sentimiento del hijo que canta la muerte de su padre. Es decir, esa combinación de lo didáctico, lo objetivo con lo subjetivo es característica de este otoño, de estos finales de la Edad Media. De igual manera, en "Las Coplas" se refleja una síntesis, una combinación de elementos tomados de la religión, del cristianismo, de la doctrina, con el mundo también muy de Edad Media, del mundo de las armas, de la política, de las cortes nobiliarias y regias de finales de la Baja Edad Media.

Y, por último, en el poema se recoge y se trata un tema también muy arraigado en nuestra época medieval y muy fin de época. Es el tema de la muerte que venía corriendo a lo largo de todo el Medievo, que en el siglo XV cobra acentos dramáticos y sobrecogedores con poemas y tratamientos como el de "Las Danzas Macabras", y que a fines de siglo evoluciona hacia un tratamiento mucho más sereno, resignado, más acorde con las nuevas doctrinas religiosas de la Devoción Moderna y de la religión católica de fin del siglo XV.

Decíamos que "Las Coplas" han tenido siempre una general aceptación en todas las épocas como uno de esos valores constantes y permanentes de la poesía. Al margen de ese general asentimiento, diríamos que, desde un punto de vista crítico, son todavía quizá los problemas de tipo externo, de crítica externa, los que quedan, en cierta manera, por resolver en el estudio de "Las Coplas". En primer lugar, el de la datación, el de la fechación de "Las Coplas". Hay diversas opiniones entre los críticos: unos que piensan que fueron compuestas inmediatamente después de la muerte del maestre, en 1476, en noviembre de 1476; otros que fueron compuestas poco antes de la muerte de don Jorge en 1479. Y la opinión que parece más inteligente y más aguda es la que sostienen, entre otros, el crítico Antonio Serrano de Haro, que considera que toda la obra está inspirada, ciertamente, por el impulso único de la muerte de don Rodrigo. Pero el discurso moral inicial y el llamado Auto de la muerte final, cristalizarían en los meses de agónica enfermedad del maestre. En tanto que el resto de la obra, la parte más política del poema, es decir, el discurso histórico y el epicedio reivindicador de la memoria del padre, sería compuesta después de sus desavenencias con el poder real y durante los meses de cautiverio del poeta en Baena, de abril a octubre de 1477, luego de ser derrotado en su intento de tomar militarmente la plaza de Baena y arrebatarla al gobernador colocado allí por los Reyes Católicos.

Otros problemas de crítica externa, como decíamos, quizás son menos relevantes a la hora de entender el poema. Así el de la ordenación de "Las Coplas", ya puesto en claro por la crítica más reciente. Y el del número de las estrofas que constituyen el poema. Discutido si el número canónico de 40 y más habitualmente admitido o el de 42, teniendo en cuenta otras dos estrofas que, según la leyenda, fueron encontradas entre las ropas de Manrique al morir en el asalto al castillo, la fortaleza de Garcí Muñoz en Cuenca. Estas dos coplas aparecen por primera vez en los cancioneros tardíos del siglo XVI y en las en la obra de los glosadores quinentistas, y no parece que tengan ni la antigüedad ni la autoridad textual suficiente como para admitirlas de manera definitiva en la constitución del poema.

Cuestión debatida por los críticos ha sido también la de la división y estructura de la obra. Con gran frecuencia se ha hablado de una composición en tres partes que marcan incluso un cierto movimiento y progresión internos, como auténtica palabra en el tiempo, según la conocida definición de Antonio Machado, y como correlato del fluir temporal que preside el plano temático de la obra. Esas tres partes serían: la consideración de la muerte en abstracto, la muerte histórica y la muerte particular del maestre don Rodrigo.

Parece bastante obvio, en cualquier caso, que el poema presenta diversos y sucesivos cambios de perspectiva y enfoque en el desarrollo temático y discursivo. Todo ello consecuencia y reflejo, probablemente, de un proceso de composición discontinuo o irregular por el que pasó la obra. Se aprecia así con alguna claridad un primer bloque de estrofas, de la 1 a la 13, que tiene mucho de sermón y de reflexión admonitoria sobre la muerte, sobre la caducidad de la vida y sobre el paso del

tiempo. Están presididas estas estrofas por un tono ejemplarizante y aleccionador, desde la primera persona del plural que rige el discurso, y "Pues vemos lo presente", "Si juzgamos sabiamente", "Nuestras vidas son los ríos". Y están también llenas de consideraciones morales, cuya filiación doctrinal y literaria ha podido rastrearse sin dificultad en la tradición cristiana, desde la Biblia, los Padres de la Iglesia o la himnología litúrgica. Así, por ejemplo, se ha señalado como fuente de la célebre primera copla, "Recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte contemplando", un himno litúrgico atribuido a San Ambrosio, cantado el primer domingo de Adviento, y en el que se recoge en expresiones muy próximas a las manriqueñas: "Mens Jan resurget torpida". O se ha señalado el influjo del libro bíblico el Eclesiastés sobre imágenes y versos muy conocidos del poema. Por ejemplo, la insistencia sobre la imagen sobre la fugacidad del tiempo, "Pues vemos lo presente como en un punto es ido y acabado, si juzgamos sabiamente, daremos lo no venido por pasado". O igualmente, el influjo del libro bíblico en la conocida imagen de las vidas como ríos y la muerte como mar, "Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir". Hay luego, después de esta primera parte, otra serie de estrofas, de la 14 a la 24, en las que la atención se desplaza a la muerte y desaparición de personas del pasado. Es este un recorrido aleccionador por muertes históricas y famosas, en el que Manrique interpreta de manera personal el manido recurso retórico del "Ubi sunt". Recurso de utilidad obligada en la tradición literaria de los poemas fúnebres y elegíacos, en la tradición del "Planctus". De los dos procedimientos que le ponían en sus manos la literatura fúnebre de la época, esto es, la relación de tipos genéricos y estados del mundo por un lado, que constituían el macabro desfile de "Las Danzas de la Muerte", y por otro, la enumeración de casos memorables, particulares e históricos que encerraba la pregunta retórica, Jorge Manrique se inclina decididamente por el segundo. Del primero, de la danza, solo recordará débilmente, como de pasada, el motivo del poder igualitario de la muerte. Que "Papas y emperadores y perlados, así los trata la muerte como a los pobres pastores de ganados". Pero será en el "Ubi sunt" donde halle la fórmula literaria más eficaz para dar cuenta de aquella imagen plástica y vigorosa de la fugacidad del tiempo. La pregunta retórica, muy extendida en toda la poesía de la Edad Media, tanto vulgar como latina, recuérdense estos versos latinos: "Ubi Plato, ubi Porfirius, ubi Tulius, aut Virgilius, ubi Tales, ubi Empedocles, aut Egregius Aristóteles". Esa pregunta se convirtió en un expresivo recurso estilístico que, como vio sagazmente el poeta Pedro Salinas, montaba todo su efecto en el contraste que se establecía entre un elemento inmutable y constante, es decir, la pregunta anafórica siempre mantenida, y otra parte variable y cambiante, la relación de nombres y personajes: Porfirius, Tulius, Virgilius, Tales, etcétera. Ese vivo contraste entre algo que queda fijo, la pregunta "Ubi sunt", y algo que pasa sin cesar, Porfirius, Tulius, Virgilius, Aristóteles, creaba de manera muy sugestiva la imagen de la transitoriedad del tiempo y el inmutable, eterno no ser de la muerte.

Manrique, que adopta fielmente el tópico, introduce, sin embargo, muy sensibles variaciones. Como ha sido notado, acorta la distancia histórica y geográfica de los nombres. "Dejemos a los troyanos que sus males no los vimos ni sus glorias. Dejemos a los romanos, vengamos a lo de ayer, que también es olvidado como aquello". Por otro lado, reduce notablemente el número de personajes. Manrique recuerda así solo siete personajes próximos en el tiempo, de los cuales menciona expresamente al rey Juan II, a los infantes de Aragón, al rey Enrique IV y al Condestable don Álvaro de Luna. En tanto, elude, calla el nombre y la mención directa de los otros tres: su hermano el Inocente, es decir, el infante don Alonso, hermano de Enrique IV, y los otros dos hermanos maestres tan prosperados como reyes. Es decir, don Juan Pacheco, marqués de Villena y maestre de Santiago, y don Pedro Girón, maestre de Calatrava. Pero además, lo verdaderamente importante es que esos personajes, frente a lo que ocurría en la pregunta tópica, no aparecen descarnados en la sola enumeración de sus nombres, sino evocados con trazos breves y vigorosos en sus más significativas actitudes y comportamientos, y enclavados en su entorno más vivencial.

El poeta puede entonces describir con toda vivacidad la animada corte de Juan II y los infantes de Aragón. "¿Qué fue de tanto galán, qué fue de tanta invención como trajeron? Las justas y los torneos,

paramientos, bordaduras y cimeras". O puede el poeta emitir, cautelosa pero severamente, sus valoraciones morales y políticas al no pasar por alto, por ejemplo, la mollicie y el derroche del reinado de Enrique IV. "Cuán blando y cuán falaguero el mundo con sus placeres se le daba. Las dádivas desmedidas, los edificios reales llenos de oro, las vajillas tan febridas, los Enriques y reales del tesoro". O al denunciar el extremado poder alcanzado por los Pacheco-Girón, seculares enemigos de los Manrique, y la cobarde sumisión que se les rendía. "Pues los otros dos hermanos, maestres tan prosperados como reyes, que a los grandes y medianos troyeron tan sojuzgados a sus leyes". O puede el poeta, en fin, dar testimonio callado de lo que, como todos, ha podido contemplar con estremecimiento en el caso de la ejecución de don Álvaro de Luna, expuesto públicamente en el cadalso de la Plaza de Valladolid. "Pues aquel gran Condestable, maestre que conocimos tan privado, no cumple que de él se fable, sino solo que lo vimos degollado". Surgen asimismo en esa evocación del entorno de las figuras del pasado, toda una serie de imágenes sensitivas, visuales, olfativas, táctiles, auditivas que hacen aquel pasado mucho más animado y entrañable en el recuerdo. "¿Qué fueron sino verduras de las eras? ¿Qué se ficieron las damas, sus tocados, sus vestidos, sus olores? ¿Qué se ficieron las llamas de los fuegos encendidos de amadores? ¿Qué se fizo aquel trovar, las músicas acordadas que tañían? ¿Qué se fizo aquel danzar, aquellas ropas chapadas que traían?". Notemos las imágenes, verduras, visuales, olfativas, los olores, táctiles, llamas, danzar, chapadas, auditivas, músicas acordadas. De ese modo, en la evocación todo va cobrando un sentido de proximidad, de inmediatez muy preciso. No se reflexiona tanto sobre lo que pasó, sino sobre lo que se va dejando. No tanto sobre la muerte como sobre el morirse, según el certero juicio de Américo Castro. Manrique no nos da así la imagen de un pasado histórico frío y distante, sino de algo muy directamente sentido, próximo a su experiencia en el tiempo y visto como una imperiosa y escalofriante realidad en el ahora mismo.

La última parte del poema, estrofas 25 a 40, está ocupada por la sola figura de don Rodrigo y comprende dos momentos sucesivos: el retrato moral del personaje y la escena de la muerte. En el primero, don Jorge exalta las virtudes heroicas del caballero, su padre: la amistad, la lealtad, la valentía, la discreción, la braveza. Y el caballero queda, además, sobrepujado en esa serie de virtudes, en virtud de, en puesto que es medido, puesto que es comparado con el canon de emperadores romanos que el poeta toma de la Historia de España, de la Primera Crónica General de Alfonso X el Sabio. Recuerden los versos: "En ventura Octaviano, Julio César en vencer y batallar, en la virtud Africano, Antonio Pío en clemencia, Marco Aurelio en igualdad del semblante, Adriano en elocuencia, Teodosio en humanidad y buen talante", etcétera. Además, don Jorge proclama las hazañas de don Rodrigo en tres momentos principales de su vida: en su juventud, en las guerras contra moros, como hace en la copla 29, a continuación en las duras y largas desavenencias y conflictos armados que sostuvo el maestre más tarde con don Álvaro de Luna, la copla 30, y por último en su senectud, cuando alcanzó al fin el maestrazgo de Santiago, en las luchas por recuperar sus estados y las guerras en servicio del rey frente al rey de Portugal y los partidarios de la Beltraneja. De todo ello se desprende, ciertamente, una postura política e ideológica que asume don Jorge y que en esa exaltación parcial del maestre frente a sus enemigos y frente al propio poder real, viene a suponer no otra cosa que la defensa de un orden social ya caduco y a punto de desaparecer. Jorge Manrique, adoptando una actitud política un tanto anacrónica, se alza en defensa del viejo sistema feudal y de la monarquía contractual frente a la irrupción progresiva y ya imparable del nuevo orden socioeconómico de producción capitalista y de la monarquía autoritaria.

La escena de la muerte, por fin, no nos parece sino un cuadro reproducido del "Ars Moriendi" tan extendido en la época. A lo largo de la Edad Media, la muerte ha ido creando su propio discurso literario. Primero fue su aparición indirecta en el texto narrativo, como un episodio más del relato, la muerte del héroe o del santo. Luego será la aparición de la misma muerte como tal objeto poético que es interpelado por el poeta. Así ocurre en los versos famosos del monje Elinán de Froimont: "Mort, qui m'amie por que je m'u dans cette tive au mon corp su, tous les sexes de mon jeune âge". Con el tiempo, la muerte va cobrando cuerpo y presencia a medida, quizá, que se tiene de ella una experiencia,

desdichadamente, más cotidiana y temida. La poesía pasa a darle voz propia y aparece entonces el diálogo con la muerte. Como en estos versos atribuidos a Juan de Mena: "Muerte, que a todos convidas, dime, ¿qué son tus manjares? Son tristezas y pesares, llantos, voces doloridas. Pues dime los paramientos, los arreos y posadas, de tierras sendas brazadas a todos tengo contentos". Es también el momento en que a la palabra se le une la danza y la escenificación, el momento de la danza macabra con su discurso dialogístico. Su ordenado desfile de los estados del mundo y su monocorde, elemental y severa representación. Otra singular puesta en escena de estos finales de la Edad Media es la que ilustra el "Ars Moriendi". En él aparece una visión más amable de la muerte que, transformada ahora en el ángel de la buena muerte, dialoga con el hombre terreno, pero sin graves acusaciones ni patetismo macabro. Esta es la muerte final de "Las Coplas", resuelta también en discurso dialogal y dramático de dos únicos interlocutores: don Rodrigo y la muerte, y que se ordena a modo de lección ejemplar y serena en otro discurso más amplio y reflexivo sobre el paso del tiempo y el morir. "Así, con tal entender, todos sentidos humanos conservados, cercado de su mujer y de sus fijos y hermanos y criados, dio el alma a quien se la dio".

Para terminar, digamos que este mismo procedimiento de simplificación, de simplificación y reducción de elementos artísticos es constante a lo largo de todas "Las Coplas" y, sin duda, uno de sus valores artísticos, poéticos más permanentes. En la lengua, como ya advirtió Menéndez Pidal, hay un predominio de la sencillez y naturalidad. Manrique desecha la retórica elocuencia del periodo anterior. Retorna al uso de los vocablos patrimoniales más corrientes y se aparta del latinismo indiscriminado. En el diseño constructivo del poema no hay tampoco nada sorprendente. No hay intrincadas alegorías ni indescifrables visiones, como en otros plantos fúnebres de la época, sino una simple exposición discursiva que, como vimos, progresa de lo abstracto a lo concreto, de la muerte en abstracto a la muerte individual del maestre. No hay, en fin, grandes adornos retóricos. Están prácticamente ausentes de todo el poema las tan frecuentes figuras de palabra y de concepto propias del "Ornatus Facilis" y de mucho género de versos del siglo XV. Sí hay, en cambio, como anotamos, un fuerte uso de poderosas y sugestivas imágenes, al mismo tiempo que una drástica simplificación de tópicos, como ocurría con el "Ubi sunt" que vimos. Simplificación que se produce con vistas a crear una comunicación más directa y eficaz con el receptor. A idénticos planteamientos de sencillez y llaneza responde, en última instancia también, la forma métrica utilizada. La llamada maestría menor del pie quebrado, con la que el poema, como agudamente advirtió don Ramón Menéndez Pidal, el poema adquiere adecuación perfecta para el solemne canto funeral, acompasada como entre doblar de campanas y salmodiar de miserere.

Hasta aquí el comentario de nuestro profesor, Miguel Ángel Pérez Priego, catedrático de Literatura Española de la Edad Media y del Siglo de Oro en la Universidad a Distancia, que en su espacio dedicado a poesía medieval hizo un comentario acerca de la obra de Jorge Manrique, "Coplas a la muerte de su padre".

Antes de terminar nuestro tiempo por hoy, quería recordaros que la UNED edita una guía de medios audiovisuales en la cual encontraréis toda la información sobre la programación radiofónica del presente curso. Esta guía estaba editada antes de producirse un ajuste en Radio Nacional, por lo que se produjo un cambio de emisora. Ahora podéis sintonizarnos a través de Radio 4 y Radio 1 en frecuencia modulada en La Coruña, Oviedo, Bilbao, Barcelona, Gerona y Valencia. También ha variado el horario de emisión. Ahora comienza a las 8:30, una hora peninsular. Así, debéis tener en cuenta este cambio a la hora de consultar la programación y adelantar media hora el horario con respecto al que figura en la guía.

Por nuestra parte, nada más. El próximo lunes volveremos con nuevos espacios dentro de Revista de Filología. Contaremos con el comentario de José María Lozano en La Crítica y en Aula, la profesora Concepción Otaola tratará de la asignatura Lengua Española III. Será el próximo lunes, día 19, a partir de las 8:30, una hora menos en la comunidad Canaria.

Hasta entonces, gracias por la atención que nos habéis prestado. En el tiempo de la UNED os dejo

ahora con Revista de Geografía e Historia.